

EL VALOR DE LO ESCONDIDO

LUIS LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, SJ*

Fecha de recepción: noviembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2015

RESUMEN

La Cuaresma propone un camino de conversión que pasa por una lucha contra la exhibición de la propia virtud y en favor de una radical autenticidad, que solo se consigue trabajando por lograr la consistencia de nuestros pensamientos, sentimientos y acciones. Esta es una tarea especialmente difícil para quienes vivimos la que ha sido denominada «civilización del espectáculo». Algunos pasos para llegar a una mayor consistencia son: vencer resistencias, contacto con el mundo interior, conquista de la confianza en uno mismo, acompañamiento espiritual y escucha del silencio.

PALABRAS CLAVE: Autenticidad, consistencia, unidad personal, exhibicionismo, vida interior.

THE VALUE OF THE CONCEALED

ABSTRACT

Lent proposes a path of conversion which overcomes a struggle against the exhibition of our own virtues and favors radical authenticity, which is only reached by striving to achieve consistency in our thoughts, feelings and actions. This is a particularly difficult task for those of us who are immersed in what has been called the civilization of the spectacle. Several steps to take to reach a greater con-

* Jesuita, Secretario regional en Roma. <lyarto@sjcuria.org>.

sistency are: overcoming resistances, embracing our inner selves, conquering self-confidence, spiritual accompaniment and listening to silence.

KEYWORDS: Authenticity, consistency, personal unity, exhibitionism, inner self.

Introducción

Aquellos que luchan pacientemente por ir dando a su vida un perfil evangélico acaban acertando con el valor de lo pequeño y de lo que no es ostentoso, de aquello que nace de lo más profundo y que tiene la autenticidad de las cosas verdaderas. Mucho antes de que la hostilidad nazi le obligara a ahondar en su propia fe y la sometiera a la prueba del despojo hasta el martirio, el joven pastor luterano de 22 años Dietrich Bonhoeffer se estrenaba como pastoralista atendiendo a la comunidad alemana de Barcelona. Era el año 1928, y en su país ya había dado pruebas de un potente pensamiento teológico. Ahora, en Cataluña, se va a convertir en un predicador que se esfuerza por acercar el Evangelio a una parroquia de pequeños comerciantes germanos, fría y pragmática. Las homilías de Bonhoeffer y sus conferencias a jóvenes, que han llegado hasta nosotros, insisten en repetir, en forma de aforismos, algo que permanecerá como punto central de su pensamiento: «*El cristianismo predica el valor infinito de lo que aparentemente no tiene valor, y la infinita falta de valor de lo que aparenta ser muy valioso*»¹. Aquel hijo de la alta aristocracia alemana había comenzado la búsqueda de un cristianismo verdadero, de un camino de transformación personal que durará hasta la noche en que se ejecute su condena a muerte.

Algunos años después Dietrich Bonhoeffer se verá obligado a abandonar su propia Iglesia, enfangada en estrechas vinculaciones con el régimen de Hitler, y su vida comenzará una larga Cuaresma de conversión. Algunos de sus más conocidos escritos de teología verán la luz en esos años difíciles. Por imperativo de conciencia se convierte en guía de otros hombres

1. E. METAXAS, *Bonhoeffer, la vida del teólogo que sfidò Hitler*, Fazi Editore, Roma 2012, 115. (Edición original inglesa: E. METAXAS, *Bonhoeffer: Pastor, Martyr, Prophet, Spy*, Thomas Nelson, Nashville 2010).

tras fundar el seminario «confesante» y clandestino de Finkelwalde, en el extremo norte de Alemania. Es interesante el comentario que su persona suscita en aquellos seminaristas que conviven estrechamente con él: «daba la sensación de ser un hombre que creía en lo que pensaba y hacía aquello en lo que creía»². Era algo que cabía esperar: un cristiano que va descubriendo el verdadero valor de las cosas, que tiene el coraje de vivir como valioso únicamente aquello que no parece serlo y que se entrega sin condiciones a su vocación cristiana, es natural que se vea arrastrado hacia una perceptible forma de honestidad personal.

Pero poner las bases de una actitud de autenticidad cristiana significa emprender el camino arduo de la búsqueda de Dios allí donde Dios quiere ser buscado y encontrado. En 1936, el gran redactor de cartas que era Bonhoeffer escribe una muy emocionante a su cuñado, el liberal Rüdiger Schleicher, en la que, con sencillez, le manifiesta: «*O soy yo el que determina dónde quiero encontrar a Dios, o dejo que sea Él quien determine dónde quiere dejarse encontrar. Si soy yo el que decide dónde lo encuentro, encontraré un dios a mi gusto, que en algún modo me gusta, que pertenece a mi esencia. Pero si es Dios el que decide dónde quiere ser encontrado, ese lugar al principio no corresponderá a mi esencia y no me gustará nada. Ese lugar será la cruz de Jesús*». Buscar a Dios donde quiere ser buscado y como quiere ser buscado significa afrontar con valentía la propia interioridad, con toda su complejidad de deseos contrapuestos, y desmontar fantasías engañosas sobre nosotros mismos y nuestros objetivos en la vida.

La figura de Dietrich Bonhoeffer, mártir cristiano del siglo XX, es un icono magnífico que nos introduce en alguna de las exigencias cuaresmales que el Evangelio pone ante nuestros ojos: «Cuando ores, no hagas como los hipócritas, que gustan rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse delante de la gente. Cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha. Cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, de modo que tu ayuno no lo vean los hombres, sino tu Padre que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará» (Mt 6,2ss).

2. *Op. cit.* 346.

Caminar hacia un cristianismo más auténtico. Luchar contra una cultura que premia la exhibición. Ahondar en «lo escondido», de modo que se ensanche en ti un espacio interior, porque es en lo escondido donde va a ser posible un encuentro con el Dios verdadero.

1. Creer lo que se piensa, hacer lo que se cree

Se recorre el camino de la conversión cuando se trabaja día a día por la integración personal. No se puede alcanzar ninguna forma de plenitud cuando se está dividido, cuando la persona no alcanza un cierto grado de congruencia, cuando no hay consistencia humana ni espiritual³. Vamos a desarrollar sumariamente esta afirmación, que condena al que hace limosna a son de trompeta, al que exhibe su oración como un trofeo, al que ayuna para que lo vean los hombres.

Una persona es consistente cuando los motivos que impulsan su vida, tanto a nivel consciente como inconsciente, están profundamente conectados con los valores que defiende. Y, por el contrario, es inconsistente cuando los verdaderos motivos que ponen en pie su conducta no tienen mucho que ver con los valores que cree defender.

Es verdad que esta consistencia personal puede ser más o menos central en nuestra persona: no tiene la misma gravedad la inconsistencia de quien defiende el valor de la verdad, pero hoy miente por vergüenza o para evitar un conflicto que se siente incapaz de afrontar, que aquella –más central– de quien se proclama fiel defensor de la amistad, pero traiciona a su mejor amigo para hacerse rico. Pero, central o no, la inconsistencia causa siempre desacuerdo interno, revela siempre que la persona ha perdido su unidad. A la persona inconsistente la propia vida se le

3. «*Congruencia*» es la palabra consagrada por la psicología humanista de autores como Carl ROGERS. «*Consistencia*» es término introducido por la psicología social: cf. J. W. HOELTER, «A Structural Theory of Personal Consistency»: *Social Psychological Quarterly* (1985), 118-129. De allí lo toman varios autores que estudian la madurez religiosa: cf. A. CENCINI y A. MANENTI, *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismi*, EDB, Roma 1985, 122-133.

escapa de las manos, porque lo que le impulsa a vivir es una motivación que desconoce o que no conoce del todo. Ha montado su vida sobre un engaño, y ese engaño le nubla la vista y le impide conducir su proyecto vital con limpieza.

En un tiempo se hizo popular la expresión *tener agendas ocultas* para describir a quienes entran en el juego de la relación humana con objetivos no declarados. Es un fenómeno universal: todos llevamos a cuestas nuestras agendas ocultas. Todos padecemos inconsecuencias que empañan nuestra transparencia y consumen nuestra energía, disminuyendo de paso nuestra libertad. La situación se hace grave cuando la proclamación de valores centrales, como la soberanía de Dios sobre todo lo creado, o el amor al prójimo, especialmente al que nos necesita, se hace desde la necesidad inconfesada de reforzar a toda costa nuestra propia estima o de dar consistencia a un frágil concepto de nosotros mismos, necesitado de prestigiosos muros de carga que lo mantengan en pie.

Hay situaciones en que la incongruencia personal se hace intolerable. Suceden en ese momento en el alma humana reacciones que la psicología conoce bien: se desarrollan trabados razonamientos que ponen las cosas en su sitio. Y, de paso, restituyen, aunque solo sea provisionalmente, una consistencia que parecía peligrar. Claro que debo acudir a la mesa petitoria a depositar el cheque; la publicidad es la que hace avanzar una campaña de este tipo. Lo importante es que el necesitado reciba ayuda. Debo aparecer en las pantallas de televisión en el ceremonial de entrega de donativos. Es verdad que más de una de mis homilías comienza con un «esta mañana, orando a propósito de este pasaje...». He proclamado que hago oración, lo confieso, pero en este mundo nuestro hace mucha falta el testimonio de las personas que *sí* nos retiramos a orar.

Es tan fuerte el dinamismo que desencadena el estado de inconsecuencia, que puede terminar en resultados sorprendentes. Se hizo famoso el tremendo fracaso de la profecía de Dorothy Martin en el lejano 1956. Dorothy Martin había predicho el fin del mundo para el 21 de Diciembre de aquel año en Salt Lake City, Estados Unidos. Un equipo de psicólogos acudió desde la Universidad de Minnesota a presenciar el hecho. Con Mrs. Martin había un grupo de discípulos que habían vendido ca-

sa y posesiones para poder salvarse con su maestra de la catástrofe, siendo arrebatados con ella fuera de este mundo. La profecía falló, claro está —no se acabó el mundo—, provocando la comprensible sensación de ridículo en los seguidores. Habían dado al mundo un espectáculo de ingenuidad y mesianismo que les había llevado a un sacrificio ostentoso que se demostraba inútil. Pronto los psicólogos observaron que el grupo lograba espontáneamente reinterpretar la realidad: ¡Estadnos agradecidos! ¡Hemos logrado con nuestra renuncia que Dios se apiade del mundo!⁴ Ninguno de ellos abandonó a su líder ni sus propias decisiones. Al revés: en ese mes comenzó una fuerte actividad proselitista que pregona-ba a los cuatro vientos un heroísmo inexistente. Su inconsecuencia les había llevado a embarcarse a velas desplegadas en una peligrosa mentira existencial.

La psicología tiene constancia de hasta qué punto aquellas personas se fueron haciendo más tolerantes a su propia disonancia interior: resultaban cada vez más incongruentes. Las grandes inconsistencias nacen y crecen a partir de pequeñas inconsistencias seminales. Son como enredaderas que, de ornato vegetal, llegan a convertirse en asfixiantes ataduras. Solo una vida en verdad (una vida integrada) os hará finalmente libres. Pero su conquista no es fácil. Según algunos, vivimos un momento histórico en que la autenticidad personal se ha convertido en una mercancía de alto precio.

2. El interior bajo asedio

Hace poco más de un año, publicaba Mario Vargas Llosa su personal diagnóstico de la cultura en que vivimos y daba a su ensayo un título expresivo: *La civilización del espectáculo*⁵. Con palabras no exentas de dramatismo, y citando a Guy Debord, va describiendo cómo nuestro mun-

4. L. FESTINGER, W. H. RIECKEN, S. SCHACHTER, *When Prophecy Fails: A Social and Psychological Study of a Modern Group that Predicted the Destruction of the World*, University of Minnesota Press, Minnesota 2008².

5. M. VARGAS LLOSA, *La civilización del espectáculo*, Alfaguara, Madrid 2012.

do pasa por una etapa de progresivo adelgazamiento del hombre interior, en la que la vida ha dejado de ser vivida para ser *representada*⁶. Las personas, como los actores que representan en un escenario o en la pantalla, viven para mostrarse hacia fuera, carecen de poso interno. Nada hay oculto, y lo que se muestra al exterior está enfermo de superficialidad.

Va recorriendo Vargas Llosa, mezclando dramatismo con humor (quizá para que la angustia no amenace demasiado), el modo de hacer política de los políticos, la producción artística de los artistas, la presencia social de la religión, en una demostración de cómo los ingenuos hombres de nuestro mundo, que antes perseguían ideales, no logran ahora sino representar «una farsa, nada más que eso»⁷. Nada se escapa, parece ser, a la banalización generalizada que impone una cultura volcada en la imagen pública.

En este escenario, pedir que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda significa, confesémoslo, una aspiración titánica. Si lo que no es público carece de vigencia, parece imprescindible exhibir sin ningún pudor lo que se hace. Exigir un «lugar escondido» para la relación con Dios es una pretensión inútil en un mundo en que la intimidad ha desaparecido, víctima de un derecho a la información sin matices, que ha desembocado en el saqueo interior a que se ve sometido el hombre de hoy. La angustia de una madre que ha perdido a un hijo en la guerra, el dolor que produce una catástrofe en los miembros de un pueblo asolado, la emoción de un reencuentro o la ternura de un beso se ven reducidos, también ellos, a objetos externos para ser mirados y pasivamente escuchados; a puro espectáculo. El exhibicionismo informativo de nuestros días parece haber hecho de lo privado un débil animal acorralado.

Se puede decir que la civilización en que nos movemos convierte en ardua la aspiración evangélica a lo escondido y secreto, porque con la multiplicación de presencias superficiales —el celular, la red— nuestra civilización ha trivializado la intimidad. Con la creación a nuestro alrededor de un mundo de provisionalidades, ha disminuido nuestra aptitud para la constancia

6. *Op. cit.* 25.

7. *Op. cit.* 48.

y ha desacreditado la soledad, logrando que no sepamos escuchar la elocuencia del silencio y no seamos capaces de largas fidelidades.

Nunca ha sido fácil la creación de un espacio interior, en sintonía y bien integrado con el mundo exterior. Nunca ha sido fácil el camino hacia la autenticidad, que poco tiene que ver con la descansada vida del que huye del mundanal ruido, sino con la esforzada vida del que apuesta por la hondura personal y el compromiso. Pero he aquí un primer paso en el camino de la conversión para nuestros días: lograr, a pesar de todo, la autenticidad de quien siente con hondura, sabe lo que siente y obra de acuerdo con lo que le dicta ese conocimiento. El largo proceso espiritual de construcción de una interioridad.

3. Construir sobre un volcán

Pablo, en su segunda carta a los Corintios (5,1-21), consciente de que «Dios nos ve como somos», pone en guardia a los cristianos del siglo primero frente a los que «presumen de apariencias y no de lo que hay dentro». Siglos después, Agustín confesaba con desgarrado apasionado: «*¡Tarde de te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! / El caso es que tú estabas dentro de mí, y yo fuera. / Y fuera te andaba buscando y, / como un engendro de frialdad, / me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. / Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo*»⁸. Dos voces de gigantes nos recuerdan algo imprescindible: que el camino hacia Dios pasa por lo más interno y auténtico de uno mismo, invitándonos a repensar cómo, en medio de las dificultades que cada época plantea, siempre es posible el camino hacia la interioridad.

A comienzos del siglo XX se extendió la convicción de que la psique humana no difería mucho, en su funcionamiento, de la vida de un volcán, elaborando así una metáfora iluminadora: la vida anímica oculta también una cámara magmática, enterrada y llena de energía, que pugna por salir al exterior a través de la estrecha chimenea. Cuando logra hacerlo,

8. S. AGUSTÍN, *Confesiones*, Lib. 10, c. 27, n. 38.

va dando origen a esa montaña fértil en forma de cono sobre la que puede florecer la vegetación, de la que se recoge fruto abundante. La gran tarea consistirá en mantener la chimenea bien expedita, en «deshollinar»⁹, para que la lava fluya y se convierta en una corriente constructiva.

Buscar a ese Dios que «está dentro de mí, mientras yo estoy fuera», significa entrar en relación directa con nuestro interior, con lo que nos mueve, con lo que sentimos y pensamos; significa disolver bloqueos afectivos ya solidificados y conflictos no resueltos. Es hacer que callen muchos ruidos parásitos y que se escuche por fin el silencio sonoro que brota de lo escondido. Deshollinar los conductos del alma y encauzar la lava ardiente de los grandes deseos significa abrir los ojos a un paisaje desconocido.

La metáfora del volcán justifica también la existencia de miedos. Empezar el camino hacia el interior es un viaje arriesgado. En la cámara incandescente duerme sin duda toda una historia entrañable, pero es una historia entreverada de dolor, de dudas y de inseguridad. El mundo oculto de nuestro interior, como todo lo desconocido, produce pavor. Tememos la verdad¹⁰. «Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo»: querría estar contigo, pero Tú, fascinante y tremendo, vives en lo oculto; querría estar contigo, pero el miedo me lleva a resistirme a la fascinación y a no querer lo que quiero.

Es verdad que nuestra civilización del espectáculo es una gran malbaratadora de vida interior. «Suelta tu agresividad», «no te guardes las cosas», «muéstrale activamente tu afecto»... La misma glorificación del «aquí y ahora», que empuja a gozar de lo que en cada momento se siente y mostrarlo sin trabas, en un ejercicio de ingenua libertad, ha logrado muchas veces saquear los santuarios interiores, en vez de hacer de ellos un lugar de vida profunda. San Pablo, en su carta a Tito, exhorta a los jóvenes al «equilibrio» (Tit 2,12). A esa actitud que toma las cosas con calma, con

9. «Limpieza de la chimenea», «deshollinado», fueron palabras que usó la primera psicología dinámica para hablar de su actividad terapéutica.

10. Uno de los primeros hallazgos de la psicología dinámica fue que el camino hacia el mundo interior encuentra siempre la oposición de las llamadas «resistencias». El enfermo que llega en busca de ayuda, a la vez «no quiere sanar».

ponderación y con medida. Pablo sabe que lleva tiempo asimilar los lados ocultos de nosotros mismos, las limitaciones que soportamos a nivel afectivo, moral y humano. Pero nuestros aspectos más frágiles y nuestras heridas más dolorosas son nuestra riqueza, porque nos ayudan a conocernos y a conocer la raza humana a la que pertenecemos. A ser humildes y a vivir con serenidad nuestra íntima verdad y nuestra pobreza fundamental.

4. En peregrinación hacia la autenticidad

El Evangelio prefiere los caminos lentos que tardan en recorrerse. Ama lo paulatino: «El reinado de Dios se parece a una semilla de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es más pequeña que las demás semillas; pero cuando crece, es más alta que otras hortalizas; se hace un árbol, vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas». «El reinado de Dios se parece a la levadura: una mujer la toma, la mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (Mt 13,31-35). El volcán sugiere irrupción súbita. Escuchad una nueva metáfora: el camino hacia lo escondido es como una peregrinación.

Peregrinar hacia el espacio interior requiere paciencia, y por eso no se lleva bien con nuestros aspectos narcisistas. El narcisista, inmerso en sus fantasías grandiosas de autosuficiencia, puede ser persona de éxito social, pero tiene un grave problema: pondrá siempre su éxito al servicio del exhibicionismo y lo considerará garantía de aprobación ajena. Mientras que el peregrino, centrando su atención en lo que aún le falta, comenzará tomando conciencia de sus carencias, se irá haciendo con calzado adecuado y con la ropa justa, se hará con un mapa del itinerario para conocer cada recodo del camino y lo emprenderá como el que solo busca su purificación personal.

El peregrino sabe lo que quiere: los campos no ofrecen sus tesoros escondidos al primero que pasa, ni las perlas más preciosas se encuentran abandonadas en la mesa de cualquier hostería. Hay que desear con hondura para encontrar lo que se busca. La gran peregrinación se convertiría en un viaje absurdo si no se supiera, antes de partir, que el mapa del camino no está en manos de los sabios de este mundo, sino de la gente sencilla

(Mt 11,25-27), que señala un camino que no ahorra ningún esfuerzo. El peregrino sabe que será inútil arrojarse desde lo alto del terraplén, en la confianza de que los ángeles estarán esperando abajo para amortiguar la caída. No se ahorra ningún paso, no tiene prisa, porque su peregrinaje requiere la ingenuidad de los que se hacen como niños (Mt 18,1-5).

El equipaje para el camino –con sus imprevisibles etapas– debe ser escogido con cuidado:

Habrá que equiparse con una cierta actitud de renuncia, porque va a ser imprescindible llevar a cabo alguna ruptura. Ignacio de Loyola, al comienzo de sus Ejercicios, exige distanciarse de las realidades habituales: «... tanto más aprovechará, cuanto más se apartare de todos los amigos y conocidos y de toda solitud terrena; así como mudándose de la casa donde moraba»¹¹. El ayuno era una ruptura radical; ¿habrá alguna manera de recuperarlo? Quizá sea una buena forma de «apartarse» el disponerse a la soledad. El camino hacia el interior pide una estructuración del tiempo que permita hacer hueco a la oración en soledad, a la meditación y a la lectura.

Será necesario dejarse en el punto de partida la ambición del mucho saber, la curiosidad del mucho conocer y la prisa. En este camino no se estima la abundancia, sino la profundidad: «No el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente»¹².

Este peregrinaje exige estar abierto a experiencias intensas (consolaciones y desolaciones), que irán surgiendo inexorablemente. Habrá que atesorarlas y dejarlas reposar en nuestro interior hasta su maduración definitiva. La voz de Dios se deja oír tenuemente a través de ellas. Quizá no sea fácil, porque alguna de estas experiencias pondrá en cuestión lo que yo sabía de mí, o hará que yo mismo aparezca ante mis propios ojos bajo una nueva luz.

El peregrinaje hacia el interior en el que habita el Señor requiere recuperar una suficiente confianza en uno mismo. El viejo fariseo ora en la plaza para que lo vean, confiado en que los otros, reconociendo su pie-

11. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [20]: Anotación 20ª.

12. *Ibid.* [2]: Anotación 2ª.

dad, le devolverán la fe en sí mismo y en su Dios, que ahora le falta. El que llora sobre su ayuno va mendigando unas migajas de solidaridad, porque su verdadera hambre es de estima y de aceptación. El que da limosna clamorosamente, como critica el Evangelio, va mostrando de modo patético su necesidad de ser recompensado con el reconocimiento y la buena fama que él mismo no se concede.

Finalmente, es cierto que es este un camino que no se puede recorrer solo. No se desmontan las propias resistencias, ni se aclaran los engaños, ni se supera el propio narcisismo en total soledad. Hay que elegir un compañero de camino. Ya lo preveía Maestro Ignacio al afirmar que quien se embarca en el camino de los Ejercicios necesita apoyarse humildemente en algún otro que le dé *«modo y orden»*, que le ayude a discernir con acierto los caminos del Señor.

5. Dios en el gran silencio

A Dios no se le encuentra allí donde hemos decido encontrarlo, sino allí donde Él quiere ser encontrado. La insidiosa persecución a que se veía sometido iba exigiendo a Dietrich Bonhoeffer una vida cristiana cada vez más escondida. Dios ya no estaba en la Universidad, donde había dado pasos tan brillantes. Ni estaba tampoco en las catacumbas de la Iglesia confesante, en silencio junto a las dunas del Báltico. Ni en la intimidad de una profunda amistad...

En 1935, la Gestapo cierra para el seminario la casa de Sigurdhof. En adelante no bastará «confesar» la fe. Habrá que participar con la vida cotidiana en la búsqueda de la voluntad de Dios. Dietrich pasa a la resistencia activa contra la situación injusta de su país, que lo llevará a la celda 92 de la cárcel de Tegel en Berlín. Dios le hace sentir dónde quiere ser encontrado. No en el liderazgo religioso, ni en la producción teológica, ni en el matrimonio con María, su novia reciente, sino en el gran silencio interior: *«tú me conoces, soy tuyo, ¡oh Dios!»*¹³.

13. Dietrich Bonhoeffer compuso su conocida poesía *«Wer bin ich?»* (¿Quién soy yo?),

A la entrada de la Eucaristía de la octava de Navidad, la Iglesia nos hace recitar: «Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu palabra todopoderosa bajó, Señor, desde su trono real de los cielos» (Sab 18,14-15). La Palabra baja en el silencio. En nuestra sociedad cacofónica, contaminada de ruido ambiental y de desordenados ruidos interiores, no hemos de imponer a voces nuestra presencia clamorosa, que proclama tan solo la glorificación personal, busca secretos objetivos egoístas y no sabe respetar ni acoger lo que viene de los demás. Es imprescindible afinar el oído para escuchar a Dios.

Jesús no amaba la palabrería. Era hombre del «sí» y el «no» y se presentaba a sí mismo como el que es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,20). Se había sometido a un paciente proceso de humanización, y por eso quiso que el camino hacia Él fuera el de irnos haciendo también nosotros, cada vez más, personas sencillamente humanas. Personas que trabajan por estar en contacto consigo mismas, por quitarse del rostro máscaras que desfiguran, por subir cada día, sin prisas ni pausas, un peldaño en la escala de la autenticidad.

que termina con este verso, en la cárcel en junio de 1944. Fue ahorcado pocos meses después, el 9 de abril de 1945, dos semanas antes del final de la guerra. La poesía puede encontrarse en D. BONHOEFFER, *Resistencia y Sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Sígueme, Salamanca 2008, 201.

SALTERRAÉ

Sí a la vida

La sagrada cotidianeidad

Joan Chittister



JOAN CHITTISTER

Sí a la vida

La sagrada cotidianeidad

112 págs.

P.V.P.: 9,95 €

Vida. Proyectos. Esperanza. Dignidad. Muerte... Y vida de nuevo. Joan Chittister reflexiona sobre todo esto y mucho más. Estas breves ráfagas de sabiduría están imbuidas de una profunda conciencia del amor que Dios nos muestra a través de nuestras alegrías, nuestros fallos, nuestros malentendidos... y las preguntas que nos hacemos a diario. «La vida», dice Joan, «consiste en dar lo mejor de ti en el momento en que te encuentres, de modo que, al final, te sientas más sabio de lo que eres ahora».


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
